

Alberto Dallal

## LAS BESTIAS APOCALIPTICAS



La figura central, la gran paradoja en la actual crítica de las religiones no es Dios, esa imagen a veces temible, a veces tierna y paternal, sino el hombre mismo. Durante siglos enteros Dios hizo de las suyas en el espíritu del hombre: creó la cultura, la ciencia, el temor a su nombre, la institución religiosa, la guerra. Después, Dios quitó. Y más tarde, encerrado en su propia pequeñez, el hombre dio frutos exquisitos y terribles en nombre de Dios: todavía por siglos enteros Dios fue el pretexto para que términos como "amor", "arte", "pasión" y "muerte" adquirieran dimensiones especiales, expresaran *conceptos* y quedaran presos en las más bellas manifestaciones del espíritu.

En la actualidad, el hombre desea cobrarse lo suyo: es el único, verdadero creador de Dios; por él y en él llegaron a perfeccionarse sus propias expresiones. Si el origen del espíritu puede encontrarse en el hombre, Dios se convierte en instrumento. Ahora, es cierto, hay instituciones. Ahora, es cierto, los templos construidos en nombre del Señor siguen erigiéndose y dominando el panorama de las ciudades. Pero también es cierto que la palabra Dios comienza a escribirse con minúscula y que al ser pronunciada la angustia y el temor padecidos a causa de ella resultan asimismo minúsculos, casi nulos. Ahora a la especie humana le es dado quitar la palabra Dios de sus más profundas reflexiones, prescindir del concepto Dios para arribar a sus conclusiones fundamentales. Ahora la intención del hombre consiste en glorificar sus propias obras sin menoscabo de su integridad y sus valores y al margen del acecho del pecado. El vacío dejado por la divinidad se llena de nueva gracia y de nueva salvación: capacidad surgida de la existencia de seres de espíritu joven para los que establecer relaciones con el universo equivale a conocerlo, entenderlo y someterlo. Nuestra época es de transición no sólo por la crisis última y definitiva de la idea de Dios, sino también principalmente, a causa del encuentro del hombre con su ser mismo. Una inquietud que implícita o explícitamente existió de siempre, pero que en la actualidad se manifiesta sin los visos de tragedia con los que apareció en épocas anteriores a la nuestra. Una inquietud que hace caer todavía a algunos en el misticismo religioso, pues la conciencia de la nada que anduvo volando por siglos enteros en la atmósfera del pensamiento filosófico, aún no se transforma en la praxis de la libertad. Todavía hoy se duda del imperio de la inteligencia, de la misma manera que subsisten las amenazas, nada superfluas, nada inofensivas, aunque exageradas y tendenciosamente utilizadas, de la destrucción definitiva del hombre y de sus obras.

Pero, ¿dónde ha quedado la figura de Dios? ¿Dónde se disipó su augusta persona? ¿Acaso está a punto de ser la admirada reliquia heredada de nuestros antepasados o la imagen de un símbolo cuyo objetivo exclusivo no fue otro que entregarle sus significados al arte y a la literatura de Occidente? Aún resuena su nombre en las máximas de los moralistas y en los dichos y frases ejemplares de los viejos. ¿Hacia dónde será conducido el nombre

de Dios por la especie humana? O al revés: ¿en dónde quedarán los nombres creados por la cultura de Dios, por la cultura de las religiones? Porque he aquí que el Señor indicó nombres que eran señales del poder de su gracia, de sus mandatos y de sus profecías: Emmanuel (Isaías, capítulo 7, versículo 14), Maher-salal-hash-baz (Isaías 8, 3), Jezreel (Oseas 1, 4), Jesús (Mateo 1, 21), Juan (Lucas 1, 63). Pero a través del mismo, divino procedimiento y por motivos semejantes, Dios cambió nombres: Abram, Sarai, Jacob. ¿Será posible que al término de varios siglos el hombre se haya atrevido por fin a cambiar los nombres de sus hijos o el de Dios mismo para anticipar sus propios designios?

La obtención de la libertad no es una tarea fácil. Una vez lograda, el hombre no debe permitir que su especie decline. Muy por el contrario, debe hacer acopio de fuerzas, sostenerse a pulso, impedir que se distorsione el sentido de su autoglorificación. Durante muchos siglos fuimos imagen de Dios y hemos interpuesto entre la divinidad y nosotros un espejo que no refleja otra cosa que nuestros propios rostros. Lo hemos conseguido: nos hemos enfrentado a aquel que mata y da vida. Pero, ¿cuánto tiempo dudamos? ¿Por cuántos siglos hemos pensado si lo hacíamos bien o mal? Dueños de nuestra nada, ¿cuántas veces hemos exclamado, como David, "empero yo estoy a pique de claudicar y mi dolor está delante de mí continuamente" (Salmo 38, 17)? Tardamos mucho tiempo en apoderarnos de nuestra propia imagen, pues nuestra imagen aún adolece del mismo defecto que distorsionara la imagen creada por el Dios que nosotros creamos: no es de una sola pieza, no se ama a sí misma, no sabe que ella es el origen y el fin. Es decir, caímos en nuestra propia trampa. Muchos son los siglos que dedicaron los hombres a entender que poseían un espíritu tan volátil como el mismo concepto de Dios, un espíritu "extranjero en la naturaleza visible" como el que trataba de cuantificar Aristóteles. No nos bastó la inteligencia; o más bien: la inteligencia no fue para nosotros garantía suficiente. El menosprecio por la facultad de pensar se descubre ya en las ansias bellas e inconscientes que manifiesta la mitología primitiva. La creación de los dioses se realiza en base a aspectos duales y no sólo a un elemento; así, la razón de la época actual no es todopoderosa, pues aún se alimenta de emociones, limitaciones, prevaricaciones y vicios. Las figuras de la mitología occidental son eminentemente visuales porque a través de los sentidos del observador transmiten y revelan el mundo de la no razón, en cierta forma manifestando las limitaciones del hombre para sobrevivir apoyado exclusivamente en su inteligencia. Son expresivas, en cuanto "vista", son visiones, en ellas sus creadores buscaron más el efecto plástico que la sustanciación del pensamiento. Hubo de surgir la deidad judía, el Dios Jehová, inasible, abstracto, de cualidades concentradas, poseedor simultáneamente de la sabiduría y de la fuerza, para que las imágenes de las deidades primitivas quedaran nulificadas. Es este el



Dios que por algún tiempo seduciría a la civilización entera, pues el hombre, en su ser interior, en el fondo de su conocimiento, sabía que su destino era la inteligencia.

Jehová destruye el predominio de las religiones sensuales en la civilización occidental. Su fuerza y el desarrollo de su poder pertenecerán, por tanto, a la literatura, considerando a la literatura en su sentido más amplio y universal: arte de expresar con las palabras más bellas y exactas los más profundos pensamientos. De ahí que en el libro sagrado se registren no sólo las voces del sentimiento y los anuncios premonitorios de una élite intelectual, sino también las estructuras de la mentalidad dirigente en las que se sustentaron las formas de vida de la antigüedad. Por esa razón, tanto la teología de siglos posteriores como la filosofía, la ciencia y el arte se alimentaron del contenido del libro fundamental.

Jehová se renueva en su hijo, en el verbo hecho carne. Cristo está más cerca de la realidad vital que de la sabiduría. Es el "nosotros" hecho carne. Inicia y señala el camino de la redención; su sustento es la fe, no la reflexión. Cristo conoce y reconoce los sufrimientos porque él mismo es un hombre; siente inquietudes, participa de las limitaciones de la especie humana. Salva a la humanidad en nombre del Padre, pero permanece cerca del

hombre y se sacrifica: acepta y recibe la ofensa vulgar. Al Cristo le corresponde desempeñar el trabajo sucio: pulular por la tierra, ser escarnecido y crucificado. Su voz representa al único, al hacedor de la vida, pero Dios será el dueño de la Gran Paternidad, de la causa primera e indiscutible, de la razón y el conocimiento. El Cristo poseerá tan sólo una vocación: propiciar la pasión: lo prueban las páginas más admirables de las obras de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Ante la imagen del Cristo explotará la emoción de los pueblos arrodillados. Pero a la imagen de Dios se le dedicarán las manifestaciones más límpidas del espíritu, las más puras abstracciones.

La aparición de una figura terrena para contrarrestar el sentido eminentemente subjetivo de la idea de Jehová, constituye el gran viraje de la simbología de Occidente. Por una parte, revela una necesidad social: los pueblos no pueden organizarse en base a la supremacía del pensamiento puro, ni siquiera en base a la razón que asiste a la cultura para sobrevivir en y para sí misma. Los dirigentes se limitan a satisfacer las necesidades inmediatas del pueblo; lo demás se resuelve posteriormente: la cultura, la ciencia y las artes son consecuencia de lo primero, de lo primario. No es posible vivir organizadamente sólo en el estadio de la razón. Los dirigentes dan cauce a los procedimientos que solucionan los problemas objetivos. No abren ilimitadamente las posibilidades creativas de la inteligencia colectiva porque sus profesiones se verían en peligro. El surgimiento del Cristo hace que el mundo antiguo reencuentre su armonía perdida. Hay un nuevo oficio. Su aparición sobre la tierra hace válida la supremacía de la sensibilidad, hace patente la excelsitud de la contemplación, hace vigente, remite a la realidad común cualquier anhelo de inmortalidad. Gracias al Cristo Europa se convierte en tierra congruente para la historia y adquiere una personalidad definida y definitiva. Como puente entre los hombres y Dios, Cristo manipula elementos terrenales a la par que elementos divinos. Su sabiduría está hecha de amor y entrega, o sea de pasión, energía impulsada de deseo y de padecimiento. Sus objetos de amor son los hombres, seres de carne y hueso, seres de eternidad terrenal. Si ellos llegan a sentir la misma pasión por Cristo, él los remitirá a la eternidad celestial, o sea, los hará trascender en el tiempo y en el espacio, ya que él es el punto de referencia y de unión entre Dios y los hombres. O sea: él es la historia.

Curiosamente, el desarrollo del pensamiento cristiano, hasta la fecha, se ha realizado como un intento supremo por conferirle al Cristo la posesión de la razón absoluta, atributo original de Dios Padre. No es posible medir el grado de ira que el intento ha suscitado en este último, pero podemos darnos cuenta de que los hombres, con ahínco desean apoderarse del pensamiento absoluto y de que la lucha entre pasión y razón se manifiesta en los más elevados espacios del espíritu. Si coincidiéramos con Ortega y

Gasset en la idea de que "razonar es un puro combinar visiones irrazonables", comprenderíamos cabalmente cuáles han sido los objetivos de los místicos, los visionarios y los escogidos. Lo que por varios siglos se consideró el camino para obtener el derecho a la vida eterna celestial, no era sino la jugarreta de usar los medios proporcionados por el Cristo para que el hombre, los hombres, nos apoderáramos de la razón absoluta, de la inteligencia infinita, del pensamiento puro que guardaba Dios en sus manos. No por casualidad Lutero le dio una importancia especial a las obras del hombre sobre la tierra y no por casualidad en Lutero se inició una línea de pensamiento que habría de desembocar en el gobierno del hombre sobre Dios. Otro tanto podríamos decir del materialismo elevado, aquel que en su razonar no sólo supera al pensamiento religioso, sino que lo excluye. Y el desarrollo mismo de los acontecimientos, los virajes de la historia, la trascendencia de los actos del hombre, nos remiten a la certeza de las palabras de Píndaro: "Uno es el linaje de los hombres, otro el linaje de los dioses, pero ambos procedemos de un solo tallo."

Si nos acercáramos a las imágenes del Apocalipsis en actitud teológica, caeríamos de inmediato en las manos de Dios, en el laberinto que su malevolencia divina ha construido. Nos moveríamos en un terreno inexistente, es decir, en un terreno que jamás ha existido o que sólo existirá en el futuro. La literatura nos ha permitido tener una noción de lo que realmente será el universo como propiedad exclusiva del hombre, de la misma manera que la pasión, la angustia, la salvación, el amor, los cambios sociales, la intransigencia, etcétera, han sido expresados en su noción más exacta y plena dentro de las grandes obras de la literatura universal. Sin escoger una sola forma de expresión, un sólo género, la literatura intenta y logra hacer comprensibles, y por esto eternos, los pensamientos más profundos, las visiones más trascendentales, las realidades más complejas. En este sentido, los párrafos, las descripciones, las frases más logradas de las obras científicas y filosóficas son también literatura. De algún modo los visionarios se han valido de la literatura para elaborar claves secretas y comunicarlas a espíritus afines que han dado vida a las ideas, que han constituido la chispa que enciende todo el bosque.

En el sistema de las verdades literarias, el Apocalipsis es un intento excepcional y bello de sintetizar la palabra de Dios en un libro. Contiene, naturalmente, su anécdota y el escenario en que ésta se desenvuelve: en la isla de Patmos, el desterrado Juan transcribe las revelaciones de Dios. Pero otros elementos de la obra (amenazas, premoniciones, símbolos, sueños, descripciones terribles) nos hacen pensar en imágenes poéticas, en arrebatos de locura y en esbozos de una perfecta estructura mental en los que se halla inmersa la totalidad de la sabiduría bíblica. Como si alguien contemplara el destino del hombre, el Apocalipsis armoniza con las visiones de los últimos profetas, con las palabras de

Ezequiel, Zacarías y Daniel, pero también con el miedo, con el terror de aquellos a quienes describe San Juan Apóstol en su segunda Epístola, los que saben que la verdad está en ellos y será perpetuamente de ellos. Estos no tendrán que hacer interpretaciones a costa de su salvación. Aceptarán el Apocalipsis como un homenaje a su actitud, pues el libro se refiere a todo lo que ellos *no* habrán de padecer. La ausencia de la fe o de las obras permitirá que los demás, los "otros", se regodeen en una literatura pertinaz y violenta. Literatura de encuentros con la verdad de Dios, el Apocalipsis exhibe los afanes de un hombre que habla por boca del Todopoderoso, pues San Juan, el teólogo, "ha dado testimonio de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo y de todas las cosas que ha visto". Sigue siendo literatura en cuanto que la patología de la divinidad aún no nos ha sido explicada por el psicoanálisis de la historia ni por la antropología filosófica. Y también en cuanto que a nosotros no nos es dado todavía el romper con la simbología cristiana para impregnarnos de las miasmas de la dialéctica. Dentro de nuestra conciencia sobrevive la simbología inmóvil de los libros sagrados. Lo dijo el salmista antes que San Juan: "Tus juicios abismo grande: oh Jehová, al hombre y al animal conservas."







Así pues, el movimiento de la razón garantiza la preeminencia de los símbolos. El hecho de que a la simbología religiosa se añadieran elementos de comprensión, de análisis, no implica, de ninguna manera, que desapareciese el mundo de los significados. Para su conservación surgen la teología y la teleología. Símbolo, etimológicamente, implica aproximación. El sentido de la palabra puede explicarse con mayor amplitud si nos referimos a la magia que todo símbolo contiene, si nos remitimos a la necesidad misma del pensamiento de ubicar en una sola unidad de representación todas las cualidades de un fenómeno. Las palabras, las frases, los textos son, de por sí, símbolos. Al decir Apocalipsis digo final, aunque, como afirmé antes, para algunos también implique miedo, castigo. Al pronunciar la palabra bestia expreso un símbolo general que se refiere al no-hombre, es decir, a un ser vivo que no pertenece a la especie humana. Pero al mismo tiempo una parte del símbolo me remite a la cultura misma, o sea al significado adquirido por la palabra a través de la historia: decir bestia implica decir *ser que no es racional, ser que no piensa*. Esta acepción presupone al no-hombre, al individuo que pertenece a una raza inferior cuyo destino consiste en recordarle al hombre los peligros de la irracionalidad. Sin embargo, la palabra bestia seguirá siendo símbolo en tanto que contendrá siempre un secreto no revelado en sus entrañas. Es decir, la palabra bestia es, para mí, un signo, pues la interpreto, la entiendo culturalmente y le doy un uso particular que escoge mi conciencia. Pero el origen de la palabra bestia, su acepción más profunda, el significado verdadero de sus sonidos y de sus letras, me es desconocido. Los signos son elementos técnicos: por medio de ellos nos comunicamos para lo inmediato, lo superfluo, lo desentrañable. En cambio, los símbolos son sistemas definidos por una palabra o una frase que nos incitan al conocimiento, a la aprehensión de significados, a la búsqueda de revelaciones. Son minúsculos universos que se abren ante nosotros para que identifiquemos en ellos elementos que armonicen con nuestro propio universo. Mientras permanece cerrado a sí mismo, el hombre es un signo; cuando se abre a su propia contemplación, a su propia conciencia, el hombre se convierte en símbolo: sus partes coinciden armónicamente con los elementos que poseen otro hombre y otros hombres. Por eso el universo total está formado por la armonía que existe entre uno y otros elementos y aspectos de los hombres que se abren a sus semejantes. Por eso en ocasiones el universo sobrevive gracias a la armonía que propician unos cuantos hombres que son los escogidos, los visionarios. Por eso, también, en el viraje de la simbología occidental, con la aparición de la figura humana que le daba realidad al Dios del pensamiento puro, se llevó a cabo un doble movimiento de significados: por una parte, los signos cambiaron; por la otra, aparecieron nuevos símbolos. Por una parte, el lenguaje se trastocó: se pudo decir Dios al decir hombre. Por la otra, todos los

símbolos del cielo se unieron a los símbolos de la tierra y se formó un universo en el que el pensamiento del hombre intervenía por primera vez y en el que la razón habría de desempeñar el papel de agresor hasta dominar al pensamiento absoluto que era, hasta entonces, Dios.

Si los elementos conviven en armonía dentro del universo de los símbolos, también conviven nuestros pensamientos para crear, en los dominios del espíritu del hombre, un universo armónico. Hacemos historia: dejamos de ser bestias. Los visionarios preparan el terreno: sus aportaciones propician el hecho fundamental: que nuestros pensamientos coincidan con la armonía del mundo, del universo. Por eso dejamos de sorprendernos, por eso se disipa toda duda cuando un razonamiento de Marx o de Freud se instala en la realidad de nuestro universo real e histórico. Por eso la inquietud fundamental del hombre reside en la cultura. En la cultura se encuentran ubicadas todas las posibilidades, porque la cultura constituye la suma científica, artística e histórica del conocimiento. La cultura es política y es revolución. Su dialéctica, su expansión constante en todos sentidos, le impide convertirse en la razón absoluta, en el ser absoluto que era Dios para el hombre de la antigüedad. En las obras de la literatura del pasado buscamos signos que nos convierten en símbolo. Lo mismo hacemos cuando tratamos de entender las más recientes aportaciones de la ciencia actual. Yo voy hacia Marx o Freud no sólo para conocer su obra y admirarla, no sólo para saber qué dijo y cómo lo dijo. Voy hacia Marx o Freud para que me sea revelada una frase que para muchos es signo y que para mí será símbolo, una frase que armonizará con el universo de las obras y de los acontecimientos en la medida en que yo sitúe su significado en mi propio universo. Probablemente seré yo quien invente signos a través de esas frases. Estaré abriendo una puerta, una posibilidad. Estaré comprobando un aspecto verdadero de la realidad. Estaré dejando de ser bestia.

Alguien podría suponer que exagero: me comparo con las bestias, me mido con respecto a ellas. Yo podría decir: se trata de una metáfora, de literatura, de psicoanálisis, de cultura. Pero es un hecho: me comparo. He comparado a los hombres con las bestias. He hablado de un Señor Todopoderoso, lleno de malevolencia, creado por nosotros mismos, al cual habíamos erigido en poseedor del pensamiento puro y al cual le hemos ido quitando, poco a poco, la capacidad de razonar. ¿Por qué hablé de bestias, entonces? ¿Por qué no me limité a exponer el asunto entre Dios y los hombres, entre Dios y yo, entre Dios y la cultura? ¿Por qué las bestias? Explico: estoy en la línea, en la misma escala de valores que la cultura de Occidente ha configurado a lo largo de muchos siglos de historia. Hablamos el mismo lenguaje y tenemos las mismas inquietudes. Usamos los mismos signos. Si he dicho Dios, me han entendido. Si he dicho pasión he usado una palabra que todos conocen. Si exclamara *make love not war!* muchos sabrían



de qué se trata, porque usamos los mismos signos, aunque nuestros símbolos no coincidan plenamente, aunque nuestros universos aún no armonicen.

Las bestias, entes de la maldición apocalíptica, son criaturas de Dios. Son animales, seres creados antes que el hombre. De alguna manera aparecieron antes que él para que Adán les impusiera un nombre. También de alguna manera se constituyen en compañeros de Adán, pues son autosuficientes en el sentido de que no requieren, para sobrevivir en el paraíso, de compañía. Sin embargo, "Adán no halló ayuda que estuviese idónea para él" y Dios "hizo una mujer y trájola al hombre". Era posible, por tanto, que Adán estuviese acompañado sólo por los animales. No obstante, ya entonces las marcadas diferencias entre una especie y otra impedirían la hermandad. No hay ninguna muestra de desigualdad con respecto a las preferencias de Dios. Pero un animal, la serpiente, convence a Eva para que coma el fruto del árbol prohibido. Y es la serpiente la que ha de recibir, como Adán y Eva sus males, el castigo de la maldición de Jehová: "Maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás y polvo comerás todos los días de tu vida."

Los animales se unen, pues, al destino del hombre. Gozan de sus logros y participan de sus pesares. Son fieles en el sufrimiento, en las penas de la caída y a ellos llegan las consecuencias de la ira de Dios. Además, alcanzan a constituirse en vehículos para que se manifiesten las decisiones de Jehová, aunque este papel llegue a ser desempeñado a costa de grandes sacrificios de la especie. El amor de Dios por el hombre, a pesar de los pecados y de los errores de este último, continúa vigente a lo largo de las páginas de la Biblia, no así el interés y la atención hacia los animales, los cuales requerirán de las medidas y las disposiciones de la compasión del hombre para sobrevivir. En el Decálogo se dispensará el descanso del séptimo día, pero sólo en la medida en que así se glorifica a Jehová y en términos de que, a esas alturas, ya existen animales que utiliza el hombre para realizar sus trabajos, para labrar la tierra y para conseguir sus alimentos. Para entonces, ya existe incluso una clasificación funcional: hay animales limpios y animales inmundos. El hombre puede comer la carne de los primeros, pero los segundos no sólo han sido señalados para que el hombre se aparte de ellos, sino que además representan la impureza, la existencia de elementos nocivos dentro de la creación. Es necesario apartarse de ellos, es necesario rechazarlos.

La simbología de los animales es engañosa. Como medios para expresar las decisiones de Dios, se asemejan a las palabras, sólo que su realidad es tangible, objetiva. Guardan analogías biológicas con el hombre, pero no llegan a pertenecer a su especie. Soportan los mismos sufrimientos, pero no obtienen redención. Y al final, cuando una parte de la especie humana recupera el paraíso y gracias a sus obras se gana la dicha de permanecer a la diestra de

Dios Padre, los animales quedan excluidos. La eficacia con la que los animales logran crear las imágenes que busca el hombre para expresarse a sí mismo ideas como las de mal, sabiduría, amor, poder, bondad, etcétera, nos acerca a ellos más de lo que imaginamos. El papel que desempeñan los animales no sólo en la simbología bíblica y la mitología griega, sino también en el folklore de los pueblos, en el habla común y en las más variadas manifestaciones del arte, nos acercan a la verdad biológica de la que participan tanto los textos de las religiones como el interés de filósofos como Bergson, de pensadores como San Francisco y de científicos como Darwin. Por otra parte, existe el dato etimológico, el que, sin menoscabo de su grandeza, revela al hombre la posibilidad de que el animal sea su antiguo compañero de andanzas por el universo. *Animales* procede de *anima*, que puede ser alma. Desde épocas inmemoriales el hombre ha descubierto su origen en el origen mismo de los animales: ha observado la movilidad de esos seres que pueden sentir dolor y alegría como él lo hace, que delatan por lo menos una parte de idénticas vivencias y de reacciones parecidas. Podríamos decir que el animismo, actitud que consiste en atribuir a las cosas un alma semejante al alma humana, comienza en la aceptación del alma de los animales, en la aceptación de que, después de todo, los animales poseen su visión del mundo o de que ellos constituyen el sector no consciente del alma humana. En este sentido nuestras interpretaciones pueden ir de lo gracioso a lo grotesco, de lo simbólico a lo científico, pero después de reconocer que las figuras de los animales llenan las fantasías de nuestra vida diaria, nuestra niñez y las manifestaciones más altas de nuestra cultura, ¿no debiéramos aprovechar el estudio de esta fauna simbólica para revisar las relaciones del hombre con otros factores como los objetos, las máquinas, las computadoras, etcétera? La compañía que los animales han brindado al hombre a través de la historia, ¿no es punto de referencia para analizar una saludable soledad que, faltando Dios, se hace más intensa?

En el Apocalipsis, los animales se convierten en bestias malignas, en las mismas bestias que han asolado la mitología y la fantasía de los pueblos. El carácter premonitorio de las bestias apocalípticas las anima de una especie de amenaza, las hace bestias amenazantes. Sin embargo, la simbología de estas bestias no es tan definible como podríamos suponerlo. La aparición de Cristo, como afirmamos anteriormente, aminoró o erradica la intensidad sensual de la simbología religiosa en Occidente. La presencia del dios-hombre aparta al pensamiento religioso de la expresión obvia, de la sublimación simple, aunque siga existiendo la relación instintiva con la divinidad. La fantasía mitopoyética, como llama Jung a esta relación, no modifica su naturaleza, sino su forma: "De no ser así, tampoco esta religión hubiera podido transformar la libido. Pero lo logró en grandes proporciones porque sus analogías arquetípicas están eminentemente sintonizadas con la fuerza instintiva que

había de transformar.” El cambio ocurre, entonces, porque la figura del Cristo requiere de una parte del pensamiento que había monopolizado Dios Padre. Es un fenómeno en el que posiblemente se halla la clave del recato de los occidentales para practicar y hablar de ciertos aspectos del instinto y del cuerpo. En ese sentido, ocurre un cambio, se plantea un renacimiento: tanto la realidad humana como la divina deben aprehenderse con el entendimiento. Cristo dice a Nicodemo: “No pienses carnalmente, de lo contrario eres carne; piensa simbólicamente y entonces eres espíritu.” El gufa implanta nuevas formas, nuevos procedimientos para el hombre: se remite al mundo de lo psíquico; el hombre adquiere así instrumentos que antes no poseía.

La noción de mal, de pecado, de aquello que no coincide con la ley divina es la piedra de toque de esta nueva actitud. El cristianismo hace suyos los símbolos judíos impregnándolos de angustia, pues Cristo fue sacrificado por culpa de los mortales. Las coincidencias entre el Antiguo y el Nuevo Testamento son localizables, incluso obvias, pero la dimensión trágica del segundo, posiblemente asimilada de las leyendas griegas, caracterizará al pensamiento cristiano y proveerá a la nueva religión de un sentido de la muerte que no existía antes. De ahí que las visiones de Daniel, en las que ya se plantea el escenario y la anécdota del Apocalipsis, resulten más puras y más gratuitas, manifiesten alabanza y no destino, inquieten y no condenen. Asimismo, los animales asumían en el Antiguo Testamento la responsabilidad de ser compañeros del hombre, de auxiliarlo en las tareas de la vida, que era, ella misma, un homenaje a Jehová. Algunas descripciones en el Libro de los Reyes y de Isaías dibujan pormenorizadamente la manera en que los caballos son utilizados para realizar las labores agrícolas, para la locomoción y la guerra. Son textos casi técnicos sobre el uso de los animales por el hombre, pues en los escritos del Antiguo Testamento no decae en un sólo momento el vigor de tratamiento y tema, permitiendo que la simbología se configure en torno de lo literario y lo poético; es decir, las similitudes y metáforas se elaboran por medio de imágenes muy cercanas a la vida del hombre y de los animales. Las cualidades físicas de estos últimos sirven para expresar el símil, la moraleja, o para representar, en tono mayor, los éxitos de los escogidos y las maravillas de Jehová: “He aquí que un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos: y Elías subió al cielo en un torbellino.” En el Nuevo Testamento, los símbolos no se empequeñecen, pero su expresión sinfónica se convierte en exordio trágico. El caballo, que en el Antiguo Testamento subía a los cielos al encuentro de Dios y que en su alado ejercicio lucía belleza y blancura, en el capítulo sexto del Apocalipsis se ha convertido en vehículo horripilante: “Y miré y he aquí un caballo amarillo: y el que estaba sentado sobre él tenía por nombre muerte; y el infierno le seguía: y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada,



con hambre, con mortandad, y con las bestias de la tierra.” Es el mismo animal, el mismo elemento que en el canto decimonono de *La Iliada* profetiza calamidades. Su figura también aparecerá en las leyendas germanas y de la India. Y aplicando la teoría freudiana según la cual caballos y cabalgatas simbolizan ansiedad, los caballos apocalípticos resultan anuncios apresurados, deseados, anhelados: la ansiedad de la muerte, padecimiento primero de toda pasión. ¿No serán las bestias, acaso seres a los que no les ha sido otorgado el don del deseo de la muerte? ¿Ser semejante a las bestias no





implicará, en algún modo, carecer de sensibilidad para notar la diferencia entre la vida y la muerte, entre la muerte a que nos obliga la naturaleza y la muerte a la que nos obliga la pasión? "Por amor de ti he sufrido", vuelve a decir el salmista. Y es notable descubrir que por siglos hemos preferido traducir nuestros anhelos al lenguaje de la muerte y nos hemos visto sujetos a esta tendencia desde que tenemos uso de razón. Humor negro que nos ha remitido siempre a las desgracias de la destrucción.

No es necesario pensar en las alucinaciones de San Juan para inferir la naturaleza de los resultados. La geografía de la isla de Patmos explica mucho de lo que deseamos saber. Suelo rocoso y estéril, frente al mar Egeo, el lugar se usó como destierro para criminales. Sitio de escarnio y de castigo, a la isla de Patmos iban a parar los enemigos de Domiciano. Juan, "participante en la tribulación y en el reino y en la paciencia de Jesucristo", recibe las revelaciones con el estado de ánimo de los presos, de los maniataados. Aunque la Biblia lo personifica como lleno de dulzura y de amor por los demás, resulta curioso que fuera el apóstol y evangelista el que registrara las revelaciones. El joven profeta Daniel, llamado Beltasar por los caldeos, a quien se deben visiones parecidas a las de San Juan, era también de trato amable. Sus profecías, que se asemejan a las apocalípticas, fueron emitidas por Daniel cuando se hallaba en Babilonia, también cautivo. Las profecías de Juan y de Daniel coinciden principalmente en la presencia de cuatro bestias que preparan el desfile de premoniciones y que resultan ser combinaciones de distintos animales: águilas, osos, leones, aves. Una de las bestias, diferente de las demás, se describe en el libro de Daniel como ente excepcional y moderno: "espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y sus uñas de metal, que devoraba y desmenuzaba y las sombras hollaba con sus pies". Creo que la principal cualidad de todas estas imágenes radica en lo teatral de su presentación y de sus exposiciones, cualidad que cumple ya con el requisito de propiciar el embeleso ante las formas del oficio de la santa misa. El espectáculo se completará con el juego de sonidos: el cordero será sacrificado una y mil veces con acompañamiento de aleluyas: "Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro animales, y de los ancianos: y ninguno podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, los cuales fueron comprados de entre los de la tierra."

A fuerza de símbolo, Dios garantiza su supremacía. El poder del enemigo queda representado por la bestia múltiple (semejante a un leopardo, pies de oso, boca de león) que en realidad es un dragón. El dragón reina sobre la tierra con atributos de ungido: "¿Quién es semejante a la bestia, y quién podrá lidiar con ella?" El engaño consiste en permitir que el dragón se erija en Dios y blasfeme y ensucie el tabernáculo. Pero eso no es todo. Surge una segunda bestia y "ejerce todo el poder de la primera bestia" en

presencia de ella. "Y hace a la tierra y a los moradores de ella adorar a la primera bestia, cuya llaga de muerte fue curada." ¿Representaciones de Dios y del Cristo? ¿Imagen del sacerdocio, profesión en la que siempre hay un amo que dice la última palabra? Las bestias se vuelcan sobre la gran ciudad de Babilonia, ciudad perdida y la salvación proviene de Jerusalem, la ciudad escogida. Ambas ciudades son como mujeres: la primera, fornicada; la segunda, santa. Los hombres llegarán a ellas según sus obras. Pero, ¿y las bestias? San Juan se da cuenta del destino del símbolo bestia y plantea un problema de lógica que no tiene solución inmediata. Nos dice: "La bestia que has visto fue y no es; y ha de subir del abismo y ha de ir a perdición: y los moradores de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se maravillarán viendo la bestia que era y no es, aunque *es*." Doble paradoja: la bestia fue y no es, pero es. Por otra parte, las obras de los hombres, sobre la tierra, no tienen valor, pues desde la fundación del mundo existía un registro de los escogidos, de los que obtendrían la salvación y morarían en la ciudad-mujer Jerusalem. Manera complicada y teatral, bella y poética, de decir destino.

Hoy los símbolos crean universos coincidentes, armonía. Hace tiempo que los profetas y los santos formaron un universo de símbolos violentos. Se presiente que esos símbolos van a convertirse en signos, pues ya no son escuchados con la misma atención. El "don de lenguas" que nos descubre el Nuevo Testamento ya no tiene vigencia. ¿Hacia dónde van los símbolos cuando revelaciones que no existían antes comienzan a revolucionar el universo? No podemos saberlo, pues nos hemos ocupado de otras cosas. Las revelaciones, en la actualidad, están en otros libros, en aquellos libros que orientan las futuras obras del hombre sobre la tierra; así, las claves secretas están más al alcance de la mano de lo que creemos. ¿Qué será de las bestias? ¿Qué será de esas imágenes que se hicieron carne en santos y papas, en mártires y estadistas, en generales y presidentes? ¿Cuál será el fin de esos símbolos que aún nos interesan en la medida de su teatralidad y estilo? Muchos se darán cuenta a su tiempo de que "la bestia fue presa y con ella el falso profeta que había hecho las señales delante de ella, con las cuales había engañado a los que tomaron la señal de la bestia y habían adorado su imagen (Apocalipsis, capítulo 19, versículo 20)". Sin embargo, la pasión y muerte de las bestias no enseñan gran cosa. Probablemente estamos obligados a esperar veinte siglos más para que los símbolos nuevos, que ahora son signos, queden revelados en otro libro impresionante. Probablemente lo que llamamos "época de transición" nos haya colocado ya en los umbrales de una nueva era en la que los símbolos serán más claros y directos. Por lo pronto, hay literatura. Por lo pronto podemos, como el protagonista de *Masculino femenino*, permanecer abiertos a la existencia.

